POEMA

HE aquí al hombre. He
aquí al hombre. Repito: he aquí al hombre.
No lo toquéis: padece.
Padece violencia conseguir
una mirada tan amarga como
un reino. Está sentado
en el umbral del Reino,
mendigo temeroso
desentendido de
la corona que hay sobre su frente.

«Tú, hombre, hijo de hombre,
hijo de rey, levanta
la cabeza. Quizá
sea ahora el momento de las flores.»

Nos preguntamos uno a otro cuál
será la causa de los cantos y
del sol reiterativo. Nunca cesa
la sangre de llamar a nuestro pecho
ni cesamos en la terrible busca
de la sortija que tenemos puesta.

Alguien sufre. Alguien sufre, esto es, sufrimos.
Pero al Reino a que vamos no se puede
llegar sino cantando.
¿Y preguntamos cuál será la causa
de los cánticos? Sólo
una canción podrá romper los hierros
de la jaula. Y entonces volaremos,
descansaremos, volaremos. Hay
un milagro que pugna por salir
de la boca del hombre: ése es su canto.

«Hijo de rey, el Rey está en la cumbre
y el Reino se parece
a la luz de tus ojos.
Sólo existen el agua y la alegría.
Levántate. Levántate.
El sueño llega tarde,
pero ya para siempre.»

He aquí al hombre amaneciendo, con
su delicada piel
y sus pies pensativos.
Desde el umbral del Reino mira al mundo
y florece de pronto. Se yergue entre la piara
al recordar los ruidos familiares
de la casa del padre. He aquí al hombre:
porque si esto no es cierto, nada es cierto.



ANTONIO GALA